

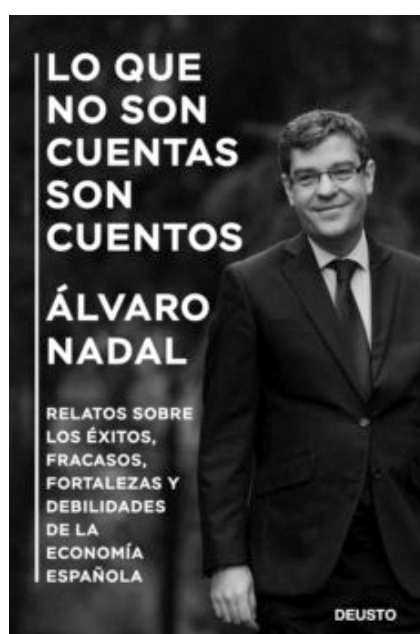
NOTA CRÍTICA

LO QUE NO SON CUENTAS SON CUENTOS

Relatos sobre los éxitos, fracasos, fortalezas y debilidades de la economía española

Álvaro Nadal

Deusto, Grupo Planeta, 264 pp.



El juego de palabras del título del libro evoca al de otro también exministro, por lo menos cuando fue escrito (*Las cuentas y los cuentos del independentismo*, Josep Borrell y Joan Llorach, Editorial Catarata, 2015). Sin embargo, más allá de la claridad expositiva, son muy diferentes. Mientras el de Borrell es un argumentario detallado, incisivo, crítico y demoledor, este libro que nos ocupa es más suave en sus formas, hasta tal punto que

en una lectura rápida sus críticas pueden pasar desapercibidas, ya que las deja caer como de pasada y no ahonda en ellas.

Estaría más bien en la línea de libros como *El Economista Camuflado* de Tim Herford (Editorial Martínez Roca, 2007), es decir, un libro sencillo, ameno eso sí y fácil de leer. En efecto, con apenas 264 páginas, tres horas y cuarto de tiempo de lectura calculado en Kindle, con afán más divulgativo que científico, está dirigido más al público en general que a los expertos. Probablemente deje un poco con la miel en los labios a aquellos que esperen encontrar más detalles de su período y experiencias en el consejo de ministros, de los que apenas esboza unas pinceladas, al contrario de lo que hizo un tercer exministro en su *España amenazada* (Editorial Península, 2016). Libro este último por cierto en el que, aunque no se menciona directamente a Nadal, sí que se intuyen ciertas referencias veladas hacia él, como cuando dice que «algún miembro de la delegación española empezó a especular con la posibilidad de amenazar con que abandonábamos la moneda única. Lo que se dice tirar la toalla desde un sexto piso y lanzarse detrás de ella».

Tal y como recoge el autor, su intención es realizar, mediante metáforas o relatos breves, importantes reflexiones sobre la economía española, el porqué de sus éxitos y sus fracasos, sus

principales fortalezas y debilidades. Ya en la introducción enfatiza en varias ocasiones su pretensión de sencillez y simplificación en aras de la comprensión.

En el primer capítulo trata de ubicar a España en el contexto internacional y explica la convergencia de la economía española con las más desarrolladas, y cómo España es el séptimo país que más ha convergido en términos reales con Estados Unidos, pasando del 24 % en 1950 al 65 % (no entra en detalles sobre en qué período se recorta más esa diferencia). Por el contrario, no se ha dado esta convergencia con los países europeos del norte más avanzados (Alemania, Dinamarca u Holanda) desde 1975, aunque sí con Francia e Italia. Destaca la elevada tasa de desempleo como la característica fundamental de la economía española, y explica que con un paro similar al de esos países se recortarían en gran medida las diferencias. Básicamente, es un capítulo descriptivo, pero efectúa una reflexión sobre la que promete volver que es la siguiente: «¿preferimos que trabajen pocos con crecimiento de salarios más altos o que trabajen más con cierta moderación salarial?». Apunta con ello a una dicotomía sobre la que no se extiende y que la experiencia de otros países, en los que se puede dar un alto nivel del crecimiento de salarios y del empleo, parece desmentir.

El segundo relato es el de los exploradores, que se divide en dos partes por mor del equilibrio material de los mismos. En la primera parte, el autor quiere poner de manifiesto que es crucial para el desarrollo disponer de bienes y servicios que se puedan intercambiar con el resto del mundo. Describe cómo una aldea idílica sin contacto exterior, que vivía en una economía de subsistencia, sin lujos y del trueque, cambia cuando llegan unos extranjeros con costumbres y objetos desconocidos hasta el momento y con una civilización más adelantada. Se produce una decepción inicial ya que sus escasos bienes apenas les permiten hacerse con nuevas mercancías, pero el deseo de adquirir estos nuevos bienes les motiva a aumentar la producción de bienes y a mejorarlos, incluso a emigrar y como resultado, la vida mejoró y la sociedad prosperó. Se trata de la fábula más trabajada de todas, con la que describe a la integración en los mercados mundiales como el principal elemento de desarrollo de los países, y aunque peque de panglosiano, muestra un paralelismo con el proceso de apertura de la economía española y su consiguiente expansión. Sin llegar al dramatismo de Chinua Achebe y su *Todo se desmorona* (Editorial Agapea Libros), lo cierto es que cuesta encontrar en la historia un encuentro entre dos culturas con diferente grado

de desarrollo que no termine en choque traumático, si no violento, lo que nos lleva al hecho de que probablemente, las diferencias entre España y el resto de países adelantados no era tan grande. Es más plausible la tesis de García Delgado, que incide en que España se mantuvo a considerable distancia, aunque sin descolgarse de las grandes tendencias continentales.

De ahí, el autor enlaza con una descripción de nuestro sector exterior que resulta apabullante: desde que en España se fabrican todas las aspirinas del mundo (en realidad más bien el principio activo) las cifras de porcentaje de exportaciones de bienes y servicios sobre el PIB, 34 %, es inferior a la alemana (47 %) pero es superior a las de países como Francia (30 %), Japón (18 %) o Estados Unidos (12 %). Una visión optimista sin duda de un sector que ha colaborado en gran medida a mitigar los efectos de la crisis y ha sido el motor del crecimiento en los años de demanda interna débil, pero en la que no menciona los dos talones de Aquiles de este sector, el gran peso de las multinacionales extranjeras en las exportaciones y el poco valor añadido de las mismas, en gran parte quizás por eso mismo. Sin embargo, el hecho de que Japón y Estados Unidos tengan un nivel de integración en la economía mundial, medido por el citado porcentaje, mucho menor

que el español con un grado de desarrollo más elevado, muestra que la simple participación en la economía mundial no es el único factor ni objetivo que debiera tenerse en cuenta.

En una segunda parte de la fábula intenta encontrar el origen último de las crisis económicas de nuestro país en el último medio siglo, y lo achaca a la falta de competitividad que provoca un desequilibrio exterior, pero sin profundizar en qué es lo que lleva a esa falta de competitividad. En la fábula de la aldea, aparece el crédito, que se destina a fines no directamente productivos y que cuando se corta abruptamente, les enfrenta a un dilema con varias opciones, desde declarar la deuda ilegítima a socializar la deuda (endeudarse más mientras se hace el inevitable ajuste), vía por la que se opta y se sale de la crisis no sin esfuerzo. Aquí llama la atención que el autor explica que se salió de la crisis «haciendo lo que tenían que hacer», y especialmente entre las cosas que considera que había que hacer es «exigir a todos los aldeanos que aportasen más a la hacienda común». Eso sí, posteriormente, cuando pasa de la fábula a la explicación más elaborada del caso español, en el que las crisis tienen su origen en la acumulación de un gran déficit de competitividad y de balanza de pagos, incluida la crisis de 2008 a 2013, describe de manera más completa el proceso de

salida de las crisis empezando con las reformas que aumentan la competitividad, luego el aumento de las exportaciones, seguido del resto de la actividad económica, recuperación del empleo y por último, aumento de rentas privadas y públicas, lo que parece contradecir lo que narra en la fábula, en la que la solución se limita como hemos visto a pagar más impuestos... Por cierto, que aprovecha para deslizarse escuetamente una de las escasas críticas que recoge en el libro, cuando explica cómo el «querer seguir el camino contrario, como se ha hecho en demasiadas ocasiones y se está haciendo ahora, es la mejor receta para provocar otra crisis futura».

La tercera fábula de la máquina sobre el puente, una descripción sobre la lucha de rentas a través de la manipulación de divisas, es sin duda la más brillante de las fábulas del libro, más profunda que las otras pero a la vez más clara de cómo no se puede ignorar al mercado, y menos por decreto, y cómo la manipulación cambiaría no tiene ningún efecto a medio y largo plazo en el nivel de actividad real. Especialmente significativo es el dato de que entre 1975 y 1995 no se creó un solo empleo neto a pesar de las devaluaciones. Todo esto lleva al autor ahora (recordemos la cita de De Guindos antes comentada) a una férrea defensa de la moneda única, ya que salir de la misma

«supone una catástrofe financiera, económica y política que nadie está dispuesto a asumir». Aun cuando los argumentos en favor del euro son incontestables, no es menos cierto que es una confesión de que el país no es capaz de gestionar su política monetaria adecuadamente y tiene que externalizarla, lo que no deja en buen lugar a su clase dirigente. Con un desempeño y una reputación como la del Bundesbank, la Reserva Federal o incluso la del Banco de Inglaterra, las ganancias derivadas del abandono de la peseta hubieran sido mucho más reducidas.

La fábula tiene una continuación en el siguiente capítulo, en el que plantea que esa externalización de la política monetaria no es la panacea para todos los males. En efecto, en ausencia de riesgo cambiario, las condiciones crediticias mejoran, lo que lleva a que los agentes económicos se endeuden y financien todo tipo de proyectos y actividades cada vez más arriesgadas, sin que «el banco alemán tampoco se preocupara de qué hacía el español con el crédito». Cuando el grifo se cierra abruptamente, se le presentan al propietario del restaurante de la fábula varias opciones, de las que en el cuento se opta por el ajuste consensuado, y se rechazan otras tres alternativas sin gran discusión, argumentando que suponen la pérdida de control del

negocio. Sin embargo, merece la pena comentarlas, al menos dos de ellas. La primera alternativa es que del negocio se haga cargo el banco prestatario. Aunque en el texto se rechaza sin más, lo cierto es que gran parte del empleo, y sobre todo de las exportaciones, las llevan a cabo empresas españolas que son filiales de multinacionales extranjeras, con lo que a lo mejor no hubiera sido tan mala idea o, si se considera algo negativo, podría entenderse otra vez como una crítica velada a la economía española. Otra opción, que se rechaza en el texto despa-chándola en un par de líneas, es la de dejar de pagar el crédito por considerarlo ilegítimo, aunque esto conllevaría a que los mercados se cerraran para siempre. A este respecto, habría que hacer otro par de consideraciones. Una, que no siempre que no se devuelva un crédito es porque se considere ilegítimo, puede ser que sea simplemente por imposibilidad. El prestamista corre un riesgo, y por ello se le remunera, y con la opción que se escoge en el libro no sufre ni siquiera una quita. La segunda consideración, respecto de que un impago conlleva el cierre de mercados para siempre, el caso entre otros de Argentina, evidencia que los mercados o no tienen memoria o terminan por perdonar los pecados pasados.

Al explicarlo más en profundidad, revisa los que a su juicio son

los errores cometidos por España en los momentos previos a la última crisis, como una política energética centrada exclusivamente en objetivos medioambientales que se tradujo en un aumento del precio de la energía y en un gran déficit tarifario, o un aumento del gasto público que asumía como permanentes ingresos que eran únicamente coyunturales e importantes desequilibrios exteriores sobre los que nadie (Banco de España, Comisión Europea o el FMI) advirtió. Con el ajuste acometido en 2011 considera que se salió de la crisis, mediante una combinación de reducción de gastos públicos y aumento de impuestos, además de una reforma laboral, financiera y otra energética, y del déficit corriente se pasó al superávit, se moderó la inflación por debajo de la media de la zona euro y se recuperó tres cuartas partes del empleo perdido con la crisis. El autor anticipa otra crisis, acompañada de un repunte de la inflación debido a medidas como el salario mínimo o la política energética. Sin dejar de ser cierto los resultados que atribuye, implícitamente, al Gobierno de 2011, tampoco señala que en 2016, la deuda pública se situaba en el 98,9 % del PIB, frente al 69,4 % en 2011 (qué lejano aparece ahora 2007, en el que este ratio apenas llegaba al 35 %), lo que puede interpretarse legítimamente como que se salió

de la crisis vía endeudamiento. Además, esta vía de salida de la crisis está ya agotada para el futuro, ya que es inimaginable un ulterior aumento de la deuda como el que se dio en esta última crisis.

En el sexto capítulo abandona el método de las fábulas, saliendo por completo por lo tanto del hilo conductor del libro, para hacer un repaso de una serie de emprendedores de la historia de España, desde la Real Compañía de Navegación del Guadalquivir que construyó el que fue el tercer barco europeo de vapor en Europa hasta los altos hornos de Marbella, pasando por los inventos de Juan de la Cierva o de la familia Dalmau entre otros, lo que muestra por otra parte que España, como ya se ha dicho más arriba, tampoco estaba tan lejos de las grandes tendencias continentales. Aunque no lo menciona, quizás la tragedia de la economía española reside en que gran parte de estas empresas/dinastías no pervivieron, mientras que sí lo hicieron sus coetáneas extranjeras, como Thyssen Krupp o Mercedes Benz, entre otras muchas. Lo entronca con la revolución digital, que lamenta no esté en el centro del debate económico y político, y aprovecha para mandar un recadito a las empresas del Ibex, las grandes empresas que son «*utilities* y no son grandes

líderes en innovación tecnológica». Considera, no sin razón, que al ser las grandes empresas de este corte, en gran medida protegidas de la competencia exterior (y antiguos cuasimonopolios públicos), sus problemas y desafíos son distintos de los de la economía productiva, de la empresa exportadora, ya que, como indica, entre las grandes del Ibex prácticamente la única exportadora es Inditex, lo que por otra parte pone todavía más de manifiesto el enorme mérito del sector exportador español.

Hace un llamamiento a unos cambios globales en currículos educativos, en la formación de los principales actores o la modernización de los servicios públicos y una agenda digital digna de tal nombre, pero ni concreta más ni explica por qué no se hizo cuando el partido en el Gobierno tenía una mayoría absoluta que muy difícilmente se va a repetir en el medio plazo.

Retoma las fábulas en el séptimo capítulo, cuando explica el reto demográfico, las pensiones o el conflicto generacional de España a través del relato de los mamuts y el reparto de su carne entre los miembros de la tribu. Trasladando la metáfora a nuestra economía actual, proporciona una serie de datos objetivos que dejan la realidad al desnudo y pueden llegar a dar escalofríos: cada dos trabajadores

sostienen a un pensionista, las pensiones de jubilación se acercan al 30 % del gasto público en España (mejor no hacer el cálculo sobre el presupuesto del Estado porque podría concluirse que el Gobierno es más bien el gestor de las pensiones) y la edad media de voto es de 55 años, apenas a nueve años de la jubilación efectiva (64,2 años según la Seguridad Social). Estos gastos que se han ido desbocando impiden llevar a cabo otras políticas, ¿cómo salir de esta situación? Nadal considera que hay cinco posibles escenarios. El primero sería un *shock* positivo exógeno que aumentara la productividad, lo que resulta tanto menos probable cuantos menos medios se destinen a ello, en forma de políticas de I+D+i. Una segunda podría ser la inmigración. La tercera es la vía que se adoptó con las reformas de 2011 y 2013, que elevaron la edad de jubilación y aumentaron el período de tiempo para el cálculo de la pensión la primera de ellas; introdujeron el factor de sostenibilidad (aunque todavía no haya entrado en vigor) y el coeficiente de revalorización. Considera el autor que el ratio de sustitución de las pensiones actuales es muy elevado, mucho más que en los países de nuestro entorno, aunque esto cambiará no solo por las medidas que enumera sino porque cada vez será más complicado el cotizar de forma continuada durante toda la

vida laboral. El cuarto escenario es más sombrío y apocalíptico, con la sociedad abocada a la desaparición, mientras que el quinto escenario sería el de la revuelta de los jóvenes en el relato, de los perdedores del sistema. Considera que es una combinación que solo con un pacto intergeneracional, alguna reforma y la inmigración podrá resolverse, pero una vez más, no entra en más detalle.

En la sexta fábula recurre a un pueblo productor de patatas como metáfora del mercado laboral dual español, que considera se ajusta perfectamente a la teoría de *insiders-outsiders* de Lindbeck y Snower, especialmente aquellos que no están abiertos a la competencia internacional. Vuelve a proporcionar datos exhaustivos sobre el nivel de paro en España, muy superior al de nuestro entorno, y se hace eco de la idea de Blanchard de que las reformas laborales en España se hacen únicamente cuando el número de *insiders* es inferior o cercano al de los *outsiders* (trabajadores temporales + parados), como sucedió en 1994, 2010 o en 2012. Puesto que actualmente la tasa es de 1,5 a 1, eso parecería descartar ulteriores reformas. Incide en que esta proporción coincide entre la relación de votantes de los partidos tradicionales frente a los nuevos. Menciona a Podemos y a Ciudadanos pero no a Vox, lo que teniendo en

cuenta que la presentación del libro se hizo a menos de seis meses antes de las elecciones de noviembre de 2019, denota que la irrupción de este partido le ha pillado totalmente por sorpresa y, de paso, frustra su tesis posterior en la que diferencia a los votantes de los partidos tradicionales y de los nuevos por su edad media, y su conclusión-reflexión de que el eje derecha-izquierda se ha roto ya que ahora parece que se añade una tensión generacional.

Después, avanza otra tesis altamente discutible, cuando achaca la gran pérdida de votos del partido en el Gobierno, desde la mayoría absoluta a los 123 escaños de diciembre de 2015, a la reforma laboral de febrero de 2012. El autor afirma que las reformas laborales tienen un alto coste en votos, ya que los *insiders* siguen siendo mayoría, y considera que esto ha sido así especialmente en la última, la de 2012, que describe como la que más profundamente abordó la diferencia entre *insiders* y *outsiders*, «un tipo de reforma que va contra la mayoría, que no son entendidas por sus beneficiarios... la receta política perfecta para no hacerlas».

Se puede argumentar sobre el coste electoral que tuvo para los Gobiernos de las reformas de 1994 y 2010, ya que las elecciones posteriores se celebraron apenas un año después, todavía

en un contexto de recesión y supusieron un cambio de Gobierno. Sin embargo, achacar la pérdida del 33 % de los votos del partido en el Gobierno, en las elecciones de diciembre de 2015, a unas reformas de casi cuatro años antes y cuando ya se habían mitigado gran parte de los efectos de la crisis, tal y como él mismo cuenta en otras partes del libro, suena más a una justificación. Además, de esta tesis se desprendería una cierta ingratitud de los votantes, que no votarían con el bolsillo, y además estaría en contradicción con lo sucedido en las elecciones del año 2000. En efecto, las profundas reformas de 1996 no solo no pasaron factura al Gobierno de entonces, sino que, recuperación mediante, consiguieron una mayoría absoluta. Y su posterior debacle en 2004 no fue debido a reformas económicas impopulares, ya que como el autor dice, a partir de 2000 apenas las hubo: «a partir de 2000 el menor impulso de reformas lleva a un cierto deterioro de la capacidad exportadora que todavía se mantiene en 2003» (pos 725). El problema de tener un diagnóstico erróneo de una situación es que el remedio difícilmente será el adecuado.

Concluye el capítulo con una encendida y extensa defensa de esa reforma laboral, que por otra parte casi nadie tiene intención de deshacer. Habla de las diferentes

propuestas en materia laboral de los partidos españoles, pero con la excepción de las propuestas de Podemos, no hace críticas feroces. Menciona que la idea de la mochila austriaca ha sido ya introducida, aunque tímidamente, en el debate. La verdad es que yo diría que esta idea está más que tímidamente introducida. De hecho es una medida que parece que han apoyado, en un momento u otro, los principales partidos, excepto Podemos. Ya se mencionaba en un manifiesto de 100 economistas que en 2009 apoyaron una declaración para la reactivación laboral en España, y se llegó a aprobar en marzo de 2017 una propuesta de la Comisión de Empleo y Seguridad Social en el Congreso que instaba al Gobierno a elaborar esta medida. Está en la *Agenda del Cambio* que el Gobierno de España publicó en febrero de este año 2019. Es más, esta medida ya iba en el programa electoral de Mariano Rajoy en 2011 —página 376 punto 1.4, medida tres: «impulsaremos, de forma acompañada a la recuperación económica, la creación de un fondo de capitalización individualizado para cada trabajador que contemple la cobertura frente al desempleo y que favorezca la movilidad y la formación continua»—. Va a terminar por resultar cierto que nadie lee los programas electorales de los partidos.

En el capítulo dedicado a la transición energética se deja otra vez de fábulas y hace una reflexión muy interesante sobre la transición energética, quizás con una visión un poco cínica, tema en el que todos los participantes tienen su propia agenda o intereses, casi nunca altruistas. Explica de manera concisa y clara acuerdos como los de Kioto, Paris o el régimen de comercio de derechos de emisión y el trilema entre asegurar la seguridad de suministro, el cumplir los objetivos medioambientales y el garantizar energía al menor precio posible para favorecer la competitividad y el nivel de vida de las familias, para rematar explicando que si se quiere incentivar la I+D en energías limpias, siempre es mucho más eficiente subvencionar centros de investigación que encarecer la energía y esperar que ello incentive la investigación.

Todo ello, le lleva al sistema de primas de la energía renovable «que por decisión política introdujo» (una vez más no da responsables concretos) muchísimas plantas de energía renovable cuando su coste era muy alto, lo que llevó a un incremento de precios y a un déficit de tarifa de 30.000 millones de euros. Argumenta que la reforma de 2013 acabó con el déficit de tarifa y logró estabilizar los precios, en beneficio del consumidor doméstico e industrial, revisando

las retribuciones al sector de forma que se basasen en estándares normalizados y no en criterios discrecionales. Esta contraposición entre estándares normalizados (sus decisiones) y criterios discrecionales (las decisiones de los demás) no es desde luego un prodigio de objetividad.

Tanto el Tribunal Constitucional como el Supremo validaron la reforma, y explica que los arbitrajes internacionales están teniendo diferente fortuna. Afirma que la reforma supondrá un ahorro en 25 años de 120.000 millones, mientras que todos los arbitrajes suponen menos que lo que se ha ahorrado en un año con la reforma. Y así zanja el tema que ha hecho que España esté a la cabeza de denuncias en el CIADI (Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones). Es posible que, como argumenta el exministro, no hubiera otra solución que la adoptada, pero la solución es evidentemente un cambio en las condiciones de los acuerdos adoptados. Afirma que el Tribunal de Justicia de la Unión Europea (TJUE) está inclinándose a no aceptar arbitrajes internacionales entre nacionales de la Unión, lo que de confirmarse, que está por ver, no sería más que un tecnicismo, mientras que en los arbitrajes internacionales sí que se está aceptando que hubo esa retroactividad.

En definitiva, que los errores de un Gobierno lo terminan pagando sus nacionales, nada nuevo, aunque sí resulta un poco más novedoso este tratamiento nacional a la inversa, en el que resultan más beneficiados los inversores extranjeros que los nacionales, a los que les achaca todo tipo de aviesas intenciones («el sector quería otra cosa, una subida masiva de precios o bien de impuestos, lo que hubiera supuesto un inaceptable coste en competitividad y bienestar a la sociedad española»). Y apenas reproches a los causantes de la situación, se conforma con decir ese ya mencionado «por decisión política» (pos 2338), sin mencionar ni un solo nombre.

A finales de agosto de 2019 se había resuelto el décimo caso del CIADI, todos ellos desfavorables a España por que la reforma vulnera el estándar de tratamiento justo y equitativo recogido en el artículo 10.1 de la Carta de la Energía, y todavía quedan, ya que España es el país que más reclamaciones ha recibido ante el CIADI desde 2012. Eso sí, la factura aunque se perdieran todos ascendería a 4.300 millones de euros, con lo que en efecto, tal y como escribe el ministro, no llega ni al ahorro de un año. En definitiva, el fin justifica los medios de Maquiavelo o el más prosaico gato negro, gato blanco, qué más da si caza ratones

de Deng Xiaoping (que curiosamente, fue purgado por su propio partido, para volver más tarde por la puerta grande). En cualquier caso, esta reforma, como la laboral, no la va a revertir ningún Gobierno posterior, al contrario que otras decisiones por las que apostó el autor y que han sido ya anuladas con carácter irreversible.

También aborda en el último capítulo la crisis financiera y bancaria. Con un sencillo ejemplo construye un relato simplificado pero fiel de su teoría de la crisis. Resulta curioso que en este cuento introduzca nombres reales, el de la Caja de Bremen y de la Caja de Ahorros del Mediterráneo (CAM). Del relato se desprende que todos asumieron riesgo: «la dirección de la Caja de Bremen tomó la decisión de arriesgar más en sus inversiones [...] para pagar algo mejor los depósitos de sus clientes» (pos 2479).

Después de la crisis, describe lo que él considera un final feliz «se fue solucionando la crisis y las aguas se fueron remansando [...] Hans Mueller no perdió sus ahorros y vive tranquilo, Juan Moliner no perdió su empresa ni su vivienda, aunque su casa valga menos y tenga que vivir con más estrecheces, ninguna de las cajas quebró (o casi)».

Un observador agudo no puede dejar de percibir que lo que

el autor describe como final feliz se antoja cuando menos bastante asimétrico: una parte salió indemne (la alemana), mientras que la otra fue la que lo pagó, la española, tanto Juan Moliner como la Caja de Ahorros del Mediterráneo. Tanto en la fábula como en la realidad, ya que la CAM fue la primera de las cajas españolas en desaparecer, mientras que la de Bremen sigue existiendo.

Aunque por lo menos, esta vez es meridianamente claro en imputación de responsabilidades. Considera que los supervisores financieros no alertaron lo suficiente del exceso de concentración del riesgo inmobiliario, y luego apunta todavía más directamente: «La CNMV y el Banco de España no actuaron con la diligencia debida» (pos 2833).

En definitiva, es un libro altamente recomendable, con una

ingeniosa y atractiva fórmula de abordar la descripción de la economía española para luego profundizar más en detalle, aunque en ocasiones aproveche este formato para hacer pasar como verdades objetivas o soluciones únicas lo que no son sino opciones o elecciones particulares.

Juan José Otamendi

Técnico Comercial
y Economista del Estado